

Rojas Herazo:

una pintura en tensión

Escribe: MARIO RIVERO

La irrefrenable vocación plástica de Rojas Herazo ha ido trabajando y apretando una obra de flagrante americanismo, que puede sacar verdadera la afirmación de que el arte necesita, fundamentalmente, tomar posesión apasionada de los objetos. Y en realidad, las telas de Rojas comportan una carga áspera que es la del sentimiento volcado de la manera más tremenda y total: me refiero desde luego al elemento pasión, al elemento vital, al golpe de sangre, en lo que se refiere a relaciones entre formas concebidas mentalmente y ejecutadas con color y con líneas.

Pero es que entonces, y como se ha dicho tantas veces, el sentimiento, esa coartada del animal-hombre, no es lo primero que artísticamente hablando habría que darse el lujo de perder? Justamente, y apoyándose en esta ambición, existe hoy un mundo pictórico que vive así, que se quiere así, deliberadamente hermoso y atildado y "arquitectónico", y que ha creado un sistema y una ortodoxia, que responde dentro de circunstancias contemporáneas, a las circunstancias

del pensamiento griego de otras épocas concordantes con el espíritu apolíneo.

Pero todas las manifestaciones del siglo veinte difieren esencialmente, y Rojas, es el dionisiaco nato cuyo destino plástico es tocar en lo vivo, con una actitud elástica de hallazgos y de búsqueda, que en sus últimas consecuencias magnifica lo visible, lo confrontable, hasta llevarlo a ser algo insólito y secreto. Porque su consigna es "desrealizar", y de aquí su forma de contornos enérgicos, voluntariamente dura, con una resonancia que hace pensar en los granitos, en los basaltos, y la trepidación de su color, que roza a veces lo grotesco y ornamentado —el gusto infantil de frotar lápices, o los colores de las *eslot-machines*, y que no obstante consigue alzar a un registro tan sensible, tan pomposo, estos gestos inmóviles, estas actitudes hieráticas, a una zona como de alta ebriedad que recuerda los centelleantes esplendores de la música rusa.

La materia gruesa, trabajada hasta un hervoreo lento, de carne,

es también un elemento que se incorpora con su sensualismo al impulso y la potencia de los mitos que anima: grandes mariscos naufragos, gallos, monstruo humano o marino, fabulosos todos ellos, aunque profundamente populares, por lo que puede decirse con verdad que están "perturbados", como cualquier *ready-made* o cualquier objeto surrealista; funcionan pues en otra aventura, llenos de terror e infinito; porque algo que puede asimilarse a la hoguera de Goya y a la melancolía de Quevedo, se trenza en esta poética magnífica, atravesada por sueños vehementes, abigarrados, que no dan paso a las respiraciones de la luz, y se prolongan hasta un tiempo intolerable, arcaico, que disuelve la modernidad de la imagen y que niega la ilusoria coherencia y seguridad de nuestra conciencia.

Llamo poéticos algunos momentos mágicos, extraños, cuando un hombre llega entero de sus propias profundidades y gracias al aletazo de las imágenes, pone en foco lo que está por detrás de las cosas, aunque esta transmutación se desarrolle con medios absolutamente plásticos. En la obra de Ro-

jas, la poesía como contenido, tiende a lo épico, de signo americanista, que lo justifica ampliamente en la estructuración de un barroco solar, telúrico, casi una retórica visual, perfectamente adecuada para hacer visibles los contenidos trascendentales, metafísicos y míticos. Porque existe hoy por todas partes cierto clamor inteligente que demanda la salvación de aquellos rasgos que han labrado, en cada pueblo su pretérito y la acción del medio; se diría también que el eje de la cultura se desgasta en cuanto sabemos que gira sin fatiga y sin límite visible de emoción y actividad, y quizás por esto, se hace casi universal, la esperanza de tener en América una nueva epifanía, los elementos nuevos de una mística capaz de ampliar y reanimar los que Faure llama "el espíritu de las formas".

La obra de Rojas mirada en bloque tiende a definirse así, como la expresión cabal del espíritu de este momento de América, que es un vitalismo, una tensión, la asunción de una crispada noción de energía, que de todos modos no puede abolir un fondo de dolorosa, compleja y desesperada ternura.